

Recibir la Eucaristía nos abre al cambio

Kathy Kuczka

Cuando los católicos reciben el Cuerpo y la Sangre de Cristo participan en la vida íntima de Dios. En una audiencia recordaba el papa Francisco: “Aunque vamos en procesión a recibir la Comunión... en realidad, es Cristo quien viene a nosotros para asimilarnos en él. ¡Se da un encuentro con Jesús!”.

Toda la liturgia prepara a la asamblea para ese momento. Escuchar la Palabra de Dios aviva el deseo de los creyentes de estar más cerca de Dios. La Plegaria Eucarística eleva los corazones para dar gracias a Dios y alabarle por la muerte que nos trajo vida. El Padrenuestro despierta el hambre por el pan que nutre. El Signo de Paz fortalece el vínculo de unidad para que la comunidad se acerque a la mesa de reconciliación.

Una manera de expresar dicha unidad es el canto. La *Institución General del Misal Romano* indica que el canto de Comunión inicia cuando comulga el sacerdote y se prolonga hasta que comulga el último de los fieles. El canto ayuda a percibir que la Comunión no es acto individual sino uno corporativo de acción de gracias, como enseñan los obispos de los EUA en su declaración “Happy Are Those Who Are Called to His Supper” [*Dichosos los invitados a su Cena*] de 2006.

Recibir la Sagrada Comunión es un acto de la Iglesia en cuanto Cuerpo de Cristo. Aunque cada uno recibe la Sagrada Comunión, no es una devoción privada. Comulgar es parte integral de nuestro culto como comunidad de fe.

La procesión comunitaria es un signo de la Iglesia peregrina en la tierra hacia la Jerusalén celeste. La asamblea se mueve en solidaridad no entre sus miembros solamente, sino con los innumerables bautizados, vivos y difuntos.

Semejante procesión exige tener conciencia del don a recibir. Las personas se mueven como un solo cuerpo que se sabe amado y redimido por Dios. Se acercan a la mesa del Señor con humildad, gratitud y ferviente deseo.

Antes de recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los comulgantes hacen una reverencia con la cabeza a Cristo. El ministro dice: “El Cuerpo de Cristo” y “La Sangre de Cristo”. El Cuerpo de Cristo se recibe en la palma de la mano o en la lengua, según quiera el comulgante, no el ministro. La copa es recibida con ambas manos del que va a beber de ella.

Después de que el ministro presenta la Hostia y la Copa, el “Amén” del comulgante afirma la fe en el Cuerpo de Cristo. También afirma un compromiso, un “sí” a la invitación de Dios para participar de su vida divina. San Agustín decía:



La procesión para la Comunión se mueve como un solo cuerpo, quienes la integran están conscientes de ser amados y redimidos.

“Si ustedes son el cuerpo y los miembros de Cristo, entonces su misterio yace en la mesa del Señor. Reciben su propio misterio, y responden a lo que son con “Amén”. Por tanto, ¡sean miembros del cuerpo de Cristo para que su “Amén” sea verdadero! ¡Sean lo que aquí ven! ¡Reciban lo que son!”.

Recibir el Cuerpo de Cristo nos llama a la conversión, como el papa Francisco decía:

Nutrirse uno mismo de la Eucaristía significa permitir ser transformados por lo que recibimos... Cada vez que recibimos la Comunión, nos parecemos más a Jesús; nos transformamos más plenamente en Jesús. Como el pan y el vino son transformados en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, los que los reciben con fe son transformados en una Eucaristía viviente.

Cuando toda la comunidad ha participado del festín, puede hacerse silencio o alabar y dar gracias con un canto. Enseguida, la comunidad será enviada por las puertas de la iglesia para que sea Cuerpo de Cristo, “Eucaristía viviente”, en y para el mundo.